

muy sólida y muy fácil de guardar, puesto que entre los puntos extremos de esta línea y el país evacuado hay un verdadero desierto árido y sin recursos.» Por lo que respecta al estado de sitio, el mariscal declaraba que era inútil. Bastaba el estado de guerra. ¿Qué era el estado de guerra sino el estado de sitio, sin el nombre que es odioso? ¿Las cortes marciales, consagración suprema, última, á que pueda llegar el estado de sitio, no funcionaban regularmente? Por otra parte, ¿de dónde saldrían tantos jefes franceses como fuese necesario para sitiarse el país, en el momento de empezar la retirada? Y finalmente, el mariscal no quería para los gloriosos aliados el obsequio de la impopularidad y de los odios que les ofrecía Maximiliano. «El estado de sitio, en estas condiciones, aumentaría el número de los enemigos del Imperio y acreditaría la calumnia difundida por los disidentes para excitar el espíritu nacional; á saber, que los franceses han venido á Méjico para conquistar el país.»

☛ Bazaine sólo pensaba en la repatriación de sus fuerzas, y, para ello, en la concentración, problema bien difícil por cierto. Después de evacuar Coahuila y Nuevo León, había que salir de Sonora y Sinaloa, embarcando las fuerzas que había en Guaymas y en Mazatlán.

☛ Maximiliano, como siempre, no se dió cuenta de los hechos gravísimos y de las resoluciones alarmantes que le comunicaba el mariscal. Creía que Bazaine obraba por su cuenta, sin sospechar las instrucciones que le venían de París, cada día más apremiantes, ó acaso suponía que la emperatriz desbarataría la tormenta con el pliego de acusaciones que llevaba. Todo, en efecto, según Maximiliano, debía caer á cuenta de una guerra conducida con apatía por Bazaine. Mientras no se hiciese la pacificación, era imposible tener hacienda y ejército. El mariscal sólo había ocupado la tercia parte del territorio, y con esto no se podía pacificar. Bazaine hubiera podido contestar que para ocupar todo el territorio se necesitaba un ejército tres veces mayor, lo que ponía la pacificación (en el sentido francés) fuera de todo límite racional. Con estas preocupaciones, no podían llegar al espíritu de Maximiliano las palabras de Bazaine sobre la nueva línea de fronteras interiores para poner un desierto entre la República y el Imperio. ¿Qué significaba esto sino una nueva falacia del mariscal para velar su ineptitud? Maximiliano reconocía la facilidad con que los republicanos del norte se apoderaban de Monterrey, Saltillo, Chihuahua y Matamoros; pero ¿era esto la hostilidad del pueblo al Imperio ó simplemente la anarquía que el mariscal no había sabido combatir?

☛ Desgraciadamente, Maximiliano dió este segundo nombre á una opinión generalizada y sostenida en la creencia de que el Imperio no prevalecería contra el propósito de los pueblos del norte, fieles á su autonomía local, enemigos de los extraños, aun de los mejicanos de otros Estados que trataran de imponerles la ley. No era la anarquía, fuerza antisocial, disolvente; era la tendencia á una integración autónoma, lo que hacía imposible el Imperio. Douay, abierto ya á la evidencia, decía que esto era la HOSTILIDAD DE LOS PUEBLOS. El Imperio era el centralismo, y el centralismo no tenía fuerzas con que dominar las resistencias cacicales de la frontera. Pero Maximiliano desconfiaba de lo que le decía Bazaine

y se obstinó en no recibir las grandes verdades que contenían sus cartas de julio y agosto.

☛ El convenio Arroyo-Dano ponía las aduanas en manos de los acreedores del Imperio. Las del Pacífico, que rendían aproximadamente tres millones, tenían comprometido el 75 por 100 de sus productos para el pago de las convenciones; las del Golfo, que daban un producto calculado en siete millones, tenían comprometido el 49 por 100 para el mismo destino. Conforme al convenio Arroyo-Dano, el 25 por 100 de las aduanas del Pacífico y la mitad libre de las del Golfo se destinaban al pago de intereses y amortización de los empréstitos franceses de 1864 y 1865 y al pago de intereses de las deudas contraídas con el Gobierno francés por el tratado de Miramar y posteriormente como consecuencia del auxilio que prestaba. Para hacer efectiva esta consignación, el Gobierno francés pondría agentes en las aduanas de Veracruz y Tampico, las cuales se cubrirían con la bandera francesa.

☛ Éste fué el pacto. El hecho difería en que, perdidas así las aduanas por Maximiliano, en vez de pasar á poder de los franceses, pasaron á poder de la República. Efectivamente, el 6 de agosto la guarnición imperial de Tampico entregó el puerto á las fuerzas republicanas de Pavón.

☛ Maximiliano se irritó contra el mariscal y le escribió haciéndole reproches. Bazaine contestó con toda frescura que en efecto Monterrey y el Saltillo se habían perdido por la hostilidad de los pueblos y como una consecuencia del abandono completo en que se había dejado á Mejía. ¿Todo había de hacerse por los franceses? Y en Tampico el mariscal no era responsable de que las fuerzas imperiales hubiesen rehusado tomar la defensa de la plaza. Así, pues, no había que extrañar esa pérdida, que no sería la última. Él, por su parte, ya no podría hacerse cargo de Guaymas y Mazatlán; y Montenegro, sin recursos, capitularía en Acapulco. Hacía mucho tiempo que el Imperio debía haber tomado á su cargo la situación, y si no lo había hecho, la culpa no caería ciertamente sobre el mariscal. Con todo, Bazaine hizo muy mal en acabar su carta dando una engañosa esperanza : no creía que la evacuación del Saltillo y Monterrey tuviese grandes consecuencias para el país. «En la guerra es necesario sacrificar á veces una parte del territorio para asegurar lo principal, á reserva de conquistar aquélla.» A la vez que daba esta opinión tranquilizadora, en correspondencia oficial á su ministro decía que el Imperio sólo podía prolongar más ó menos la agonía de una situación imposible. ¿Por qué no procedió á obtener desde luego la abdicación del archiduque, para lo que no necesitaba sino abstenerse de darle esperanzas? ¿O, por vengarse de las perfidias de éste, quiso dejarlo encampanado?

☛ El 30 de agosto llegaba á París la noticia de la toma de Tampico. El Emperador acababa de escribir una larga carta al mariscal prescribiéndole lo que debería hacer en el caso de que Maximiliano fuese incapaz de sostenerse con las fuerzas propias y con las francesas que le quedaran durante el año de 1867. Todo

cambiaba con la caída de Tampico en poder de la República. «En estas circunstancias no mandéis las tropas: conservadlas reunidas y las embarcaréis más tarde, no sin haber castigado á los invasores.» El 12 de septiembre le ordenaba que la evacuación en masa se hiciese á principios de 1867. No hablaba ya de castigo.

☉ En los primeros días de septiembre, llegaron á Méjico las noticias de la conferencia entre Napoleón y Carlota. «Le declaré francamente, decía el Emperador, que ya no podré dar á Méjico ni un franco ni un hombre.» Maximiliano comenzó á hacer su equipaje y á organizar un ministerio clerical con D. Teodosio Lares á la cabeza. El equipaje sólo podía servir para irse y el ministerio para quedarse. El público, naturalmente, preguntaba lo que haría el Emperador. El Emperador contestó que un verdadero Hapsburgo no se va á la hora del peligro; pero no dijo para qué hace su equipaje un verdadero Hapsburgo cuando quiere quedarse. El mariscal vió que el nuevo ministerio significaba un cambio de política en sentido más anti-francés que el del ministerio liberal despedido por disposición de los GLORIOSOS ALIADOS cuando todavía no acababa de limpiarse la sangre que le había salpicado el decreto del 3 de octubre. Maximiliano dijo que un ministerio clerical y reaccionario no servía necesariamente para emprender una política clerical y reaccionaria. Con todo, el mariscal pidió que Osmont y Friant saliesen de ese ministerio, por más que, según las declaraciones de Maximiliano, el nuevo Gabinete estuviese destinado á inaugurar una política EN CONSONANCIA CON EL PASADO LIBERAL Y TOLERANTE DEL EMPERADOR.

☉ A principios de octubre, Maximiliano se manifestaba dispuesto á la abdicación. ¿No había dicho poco antes que si fuera viudo se metería á la Trapa? En esto llegaron, á la vez, la orden de suspender el envío del primer destacamento francés, para que saliesen todas las fuerzas en la primavera, y la noticia de la próxima llegada del general Castelnau, con instrucciones secretas de Napoleón. Maximiliano estaba en un grado de irritabilidad extraordinario aun para él que de todo se irritaba, y ese malestar aumentó con la tardanza de Castelnau para llegar á la capital. Tal vez no trafa buenas noticias. ¡Aun lo dudaba! No obstante la situación extrema, se ocupaba en la cuestión del concordato y en el arreglo de los bienes de manos muertas, puntos principales del programa ministerial, que parecía dejar como secundarios los asuntos de guerra y hacienda.

☉ El 18 de octubre se había preparado un banquete que debía efectuarse después del consejo de ministros; pero todo vino á cambiar con la llegada de dos mensajes, uno de Bombelles y otro del exministro Castillo. Los mensajes traían la noticia de la espantosa desgracia con que terminó para Carlota la comedia imperial. En la misma noche del día en que se supo la enfermedad de la emperatriz, dice Basch, que paseando con Maximiliano por la azotea del palacio, el Emperador le preguntó qué debería hacer. — Yo creo, le contestó, que V. M. no debe permanecer en el país. — ¿Y creerán todos que vuelvo á Europa sólo por

causa de la enfermedad de la emperatriz? — V. M., respondió Basch, cuenta con mil razones para hacerlo, y Europa comprenderá que V. M. no tenía ya la obligación de permanecer en Méjico desde el momento en que Francia nulificó antes de tiempo el tratado. — ¿Cuál cree usted que será la opinión de Herzfeld y de Fischer sobre esto?

☉ El consejero privado Herzfeld y el naturalista Bilimek apoyaron la opinión de Basch, quedó decidida la abdicación y esa misma noche Maximiliano salió de Méjico encerrándose en Chapultepec, de donde debía emprender la fuga para Veracruz á la madrugada del 21. «Logre yo embarcarlo, decía Herzfeld, y una vez á bordo, se disipará todo escrúpulo y se me agradecerá el haber salvado al Emperador.» Ya todo estaba resuelto: una regencia de Lares, Lacunza y Bazaine, para que convocara el Congreso y entregara los poderes del Imperio; la repatriación del cuerpo francoaustrobelga; el mensaje de despedida á la princesa de Iturbide, bien recomendada para que la atendiera el nuevo Gobierno; la entrega de los muebles y alhajas de los palacios imperiales á Pierron y á Schaffer; el regalo de OLINDO, la casa de Cuernavaca, al coronel Feliciano Rodríguez, y todo lo de la caballeriza, á los oficiales Ormaechea, Uruga y Pradillo. ¡En esto pensaba Maximiliano el 20 de octubre!

☉ Entretanto, Lares, «trémulo, temeroso de que la República lo cogiese INFRAGANTI», llevaba la renuncia del Gabinete; pero no se le admitía. Fischer, rechazado también de la antesala, entraba en pláticas con los ministros y consejeros. Aquí comienza el gran papel del antiguo luterano y auxiliar entonces del clericalismo. Su pasado, más que turbio, de aventurero en los Estados Unidos y de sacerdote católico disoluto en Méjico, no le había impedido granjearse la confianza del obispo de Durango y la de D. Carlos Sánchez Navarro, con quien vino de la frontera para ser en un día funesto el confidente seductor de Maximiliano y el depositario de las ambiciones del partido clerical. Pero entonces los otros teutones lograron cerrarle la puerta al futuro cura de San Cosme.

☉ ¿Y Bazaine? Bazaine, torpe como un ordenanza, al saber la decisión tomada por Maximiliano, en vez de favorecerla con sus maniobras, la malogró. El padre Fischer, admitido al consejo de los ministros, les hizo ver que si ellos dimitían, cortaban completamente las amarras que aun retenían á Maximiliano en Méjico, quedando la situación á merced de Bazaine, Castelnau y Dano, los cuales, antes que dejar un Gobierno clerical, entregarían la ciudad á Juárez. Era verdad. Bazaine, sin entender su papel, ayudó al padre Fischer, amenazando con cintarear á los ministros si no retiraban la dimisión. Éstos, no tanto por la amenaza de Bazaine, cuanto por la persuasión del padre Fischer, se quedaron en sus puestos, garantizados por las fuerzas del mariscal.

☉ En el camino, Maximiliano encontró á Castelnau y no quiso hablar con él. Todavía iba resuelto á la abdicación, que pretendía hacer en el coche. Rendida la jornada en la hacienda de Zoquiapam, Maximiliano, taciturno, sin hablar una sola palabra, se paseaba con Basch y con el entomologista Bilimek. «Rompió por fin aquel silencio que no le era habitual, y nos comunicó lo que tan profundamente le apenaba. NO QUIERO QUE POR CAUSA MÍA SE DERRAME MÁS SAN-

GRE EN EL PAÍS. ¿Qué deberé hacer, nos preguntó con triste y conmovido acento? Siempre hacía lo mismo: en vez de una decisión, una consulta «—¿Qué haré? —Abdicar, decía Bilimek, irnos de aquí, pasar una temporada en Corfú, y, después, emprender un largo viaje á los países orientales de faunas pintorescas.» El Emperador sonreía al pensar en las expediciones de que hablaba el profesor, y seguía repitiendo para sí y para los que estaban con él: «No debe derramarse más sangre por mi causa.» Ya pensaba en un dulce reposo á la sombra de los olivos de Corfú.

¶ Se tranquilizó al cabo, y en vez de la abdicación mandó que se escribiese al mariscal: «Me propongo depositar mañana en vuestras manos los documentos necesarios para poner término á la situación violenta en que me encuentro y conmigo todo Méjico.» Entretanto, para calmar su conciencia, deberían suspender su obra las cortes marciales, dejar de aplicarse la ley del 3 de octubre, acabar las persecuciones políticas y toda clase de hostilidades. ¿Era el mismo hombre que pedía el estado de sitio con generales franceses para todo el país pocos meses antes? Jamás fué el mismo hombre tres días consecutivos.

¶ El 24, llegó á Orizaba. Entretanto, Bazaine esperaba inútilmente los documentos anunciados en la carta de Zoquiapam. ¿Qué pasaba? El Emperador había recobrado toda su tranquilidad al salir de Zoquiapam, y como durante el camino recibió manifestaciones de afecto y adhesión en la forma usual de comisiones, de discursos y de flores que le llovían al paso, cuando llegó á Orizaba, ya no era el bulto inerte puesto por Herzfeld en el coche. Un cambio brusco de la inacción á la loca actividad, determinó que, en lugar de dejarse embarcar, embarcara á su conductor, quien recibió el encargo de anunciar en Europa el próximo regreso del archiduque.

¶ Comenzó á vacilar de nuevo. Se comparaba á Cortés en la noche triste. «Siempre me ha conmovido, escribía en su diario, este pasaje de la vida del gran conquistador, por cuanto nos enseña lo que con numerosos ejemplos nos muestra la historia, y es que, aun los ánimos férreos y tenaces, llegan á creerse á veces abandonados de su estrella, y caen en la postración.»

¶ Fischer, consejero del día, procediendo hábilmente, no atacó el propósito de abdicación, limitándose á fomentar las vacilaciones del irresoluto. ¿Deberé abdicar? preguntaba Maximiliano. El padre suspiraba. ¿Me iré sin abdicar? El padre se encogía de hombros. Maximiliano estaba resuelto á irse: en eso no había duda. ¿Cuándo? ¿Abdicando, ó sin abdicar? Eso nadie lo sabía. Tenía resuelto no volver á la vida política, no presentarse en Austria antes de su viaje, que duraría dos años. Una carta de su querido Eloin vino á presentarle perspectivas nuevas ú olvidadas y consideraciones que lo atacaban por su lado más vulnerable. Esta carta, por un mal sobrescrito, cayó en poder de los republicanos, y fué publicada antes de que la recibiese Maximiliano. Juzgando como una deslealtad la conducta de Napoleón, decía Eloin «que el Gobierno francés deseaba una abdicación antes de la vuelta del ejército, para proceder por su cuenta á reorganizar un nuevo estado de cosas capaz de asegurar sus intereses y los de sus nacionales. Tengo la íntima convicción, agregaba, de que V. M. no querrá dar esta

satisfacción á una política que tarde ó temprano responderá de la odiosidad de sus actos y de las consecuencias fatales que vendrán con ellos.» Eloin no se equivocaba. Conocía bien á su hombre. Hablándonos del estado de ánimo de Maximiliano en los últimos días de octubre, refiere Basch: «El hecho de abdicar no era para él motivo de lucha por la abdicación en sí misma: éralo porque á su justo amor propio repugnaba declarar ante la nación que no podía sostenerse por más tiempo sin el apoyo francés, y que se había dejado engañar por Luis Napoleón...» Eloin, á cuya carta niega Basch influencia en los acontecimientos que siguieron, había comprendido admirablemente el estado de ánimo descrito por el mismo Basch en el párrafo anterior, pues decía: «Sin embargo, tengo la íntima convicción de que el abandono de la empresa, antes de la vuelta del ejército francés, sería interpretado como un acto de debilidad; y como el Emperador tiene un mandato popular, toca á ese pueblo mejicano, libre de la presión de una intervención extranjera, y convocado de nuevo, prestar al Imperio el apoyo material y financiero indispensable para subsistir y crecer. Si no se escucha este llamamiento, entonces S. M., después de haber cumplido hasta lo último su noble misión, volverá á Europa con todo el prestigio que le acompañó al salir, y al desarrollarse importantes acontecimientos, que no dejarán de surgir, podría desempeñar el papel que le corresponde.» ¿Cuál era ese papel? «Al pasar por Austria, proseguía Eloin, he podido observar el descontento general que reina en el país.... El Emperador está desalentado; el pueblo se impacienta y grita pidiendo su abdicación; las simpatías de que goza V. M. se comunican ostensiblemente á todo el territorio.»

¶ La abdicación, resuelta á la salida de Méjico é inminente en Zoquiapam, habla pasado ya al ESTADO DUBITATIVO, como dice Masseras. El 31 de octubre, Maximiliano escribió al mariscal: «En las circunstancias difíciles por que atravieso y que, si las negociaciones que acabo de abrir no llegan á un feliz resultado, me obligarán á devolver los poderes que la nación me ha confiado....» La partícula condicional sumió en meditaciones á Bazaine, Castelnau y Dano. ¿Cuáles eran esas negociaciones? El jefe del Gabinete clerical, que no se había disuelto por la intervención imbécil de Bazaine, se presentó ante el triunvirato con poderes de Maximiliano, interpellándolo sobre la actitud que tomaría en el caso de que el Emperador decidiera sostenerse apoyado en fuerzas nacionales. Después de contestar como pudo, Castelnau envió al capitán Pierron para que conferenciase con Maximiliano. El 9 de noviembre, Pierron informaba que Maximiliano estaba dispuesto á partir, sin hacer un manifiesto ruidoso contra Napoleón, como se temía, y poniendo por única condición que se atendiese á las tropas austro-belgas, á la familia Iturbide y á los empleados particulares del Emperador, y que se le dijese cómo se arreglaría la cuenta de su lista civil. Ya había mandado que se practicara una liquidación y de ella resultaba que se le debían 180.000 pesos. De este último asunto dependía la fecha de la partida. El dato es de Castelnau, y nos fué transmitido por Niox. Con él se explica el telegrama que puso Maximiliano á Pierron en Riofrío el 22 de Octubre, cuando ya había recobrado «toda su tranquilidad», para que liquidase las cuentas de la lista civil. Quería